

THIAGO DE MELLO

Cántico para la Navidad de Fidel

En la primera claridad de la aurora de este 13 de agosto, del sexto año del siglo XXI, cruza el azul de la Tierra una multitud de pájaros felices que bailando inventan, cantando inauguran un arcoíris de ochenta colores, muchos de ellos desconocidos, vistos por primera vez en la vida de nuestra América, aunque soñados, hace largo tiempo, por todos los seres del mundo. Colores vívidos, delicados pero firmes, íntimos del corazón de los niños que viven en esta patria tan dulce por dentro¹ (para amargura de la fiera que acecha feroz al otro lado del mar), con su cántico de júbilo y gratitud, cubiertos por el arco amoroso de los pájaros llegados de tantos cantos de nuestro planeta malherido. Quien viene en la proa del gran barco de alas navegando por el mar Caribe es el sinsonte cubano que Martí se llamó, ay, se llamó.

Todos cantamos, nosotros que llegamos de la mano de Guayasamín, caminando caminando² bajo las estrellas³ con un son entero, porque hoy conquista ochenta años de merecida vida el hijo más amado del pueblo cubano, este poderoso pueblo –razón profunda de su existencia de gloria– por el cual él trabaja incesante, mañana, tarde, noche y madrugada. Yo digo, cantando digo, porque es la pura verdad.

Ay, Cuba, canto contento / yo que te conozco tanto:⁴

tu luz revolucionaria nos revela que es ancho, sí, este mundo de los hombres, muy ancho (aunque cada día menos), pero que ajeno no puede ni debe ser nunca más.⁵ Ningún ser humano es ajeno a tu mano solidaria. El dolor de los desheredados y la triste mirada de los ciegos mueven y conmueven tu frente cristiana.

1 *Mi patria es dulce por fuera / y muy amarga por dentro.* (Versos de Nicolás Guillén, 1955).

2 Verso de Nicolás Guillén.

3 Título del libro de Eliseo Diego.

4 *Ay, Cuba, si te dijera / yo que te conozco tanto.* (Versos de Nicolás Guillén).

5 *El mundo es ancho y ajeno.* (Libro de Ciro Alegría).

Aún no somos una sociedad perfecta, ya lo dijo tu lindo negro cantor mi compañero de infancia.⁶ Pero todos sabemos que mujeres y hombres de esta Isla, a cada amanecer y a cada anochecer también, en el campo y en la ciudad, en el monte y en la playa, en la Casa de las Américas y en La Habana, en la Universidad y en los cañaverales, en este instante mismo, abrazados trabajan, con ternura y valor, para atender a la belleza de la condición humana.

*Ya que de cantar se trata,
pues cantemos, Retamar,
Abel, Cervantes, cantemos
Arquímedes y Navarro,
la Chiqui, la «Madrugaida»,
Cachito, Miguel y Esteban,
Pablo Armando, Aparecida,
Paulinho, Adoum y Arturo,
ven Benedetti, cantemos
de una vez por todas juntos
con Carlos Drummond de Andrade:
Mundo, mundo, vasto mundo;
Mais vasto é o meu coração.*

Mucho más vasta es la inteligencia con que canta el corazón cubano. Entonces cantemos todos (los que ya aprendemos a hacer con alegría la parte que nos tocó), por un motivo lleno de estrellas: hoy es la Navidad de Fidel, de nuestro querido Comandante Fidel Castro, a quien abrazo en nombre de los niños del Amazonas.

*La bandera cubana se enarbola
en la altura radiosa de la palma
que ya no sabe nunca más ser sola.
Palpita de esplendor la plaza entera,
prodigio de la vida verdadera,
floresta y mar de altivos corazones,
pleno poder de la esperanza humana.
La límpida palabra de la boca
que nace para ser palabración
voz de arcilla y rocío, sangre y sueño.*

Ay, no debo perder esta espléndida oportunidad que nos ofrece la vida, con mayúscula, para contar que tantas veces en Amazonas, Quito, Managua, Ciudad de México, Salamanca, París, Arequipa, Medellín,

⁶ Pablo Milanés.

aquí en La Habana, mi hermano Jorge Enrique Adoum y yo nos abrazamos cantando porque somos del año 26.

De tu año, Fidel, a quien brindo con estos versos de quien te quería mucho, mi pájaro-cantor que se calló:

*Por eso somos quienes somos
estrellas de un breve momento,
pero cuyo fulgor amenaza
el orden del firmamento.*

Parroquia del río Andirá, Amazonas.
Río Almendares, La Habana.
Luz de agosto, 2006. **C**



LUCÍA CHIRIBOGA (Ecuador): de la serie «Identidades desnudas», *Identidades desnudas 4*, 1994

SERGIO MANGANELLI

Poema 36

Ahora que ya
no guardo prisas,
ni azares de primera mano,
ni cumbre a plazo fijo,
ni coartada idiota,
o amuleto feliz
contra el olvido,
ni besos desayuno,
ni graffitis de amor
sobre muros de trigo.

Justo cuando
se duerme mi desánimo
la siesta del domingo
y el carrusel de insomnios
se abstiene de sortijas,
ahora que mi rencor
anda descalzo,
que las nueces son mucho más
que médicos y ruido.

En este tiempo
en que las bienvenidas
tiemblan en los espejos
y el pasado nos pica
como un cuervo de exilio.

Precisamente ahora
en que ya no soy huésped
debajo tu piel,
ni miel bajo tu ropa,

me afiebra el horror cotidiano,
mientras aguardo turno
en la antesala del miserable destino.

Recién en esta tarde
de muelle sin pañuelos,
silencio sin conjuros,
plumas huérfanas,
ojos sin deseo,
acupuntura torpe
contra el miedo,
mayo sin poesía,
soledad y trapecio.

En esta hora
que no transmite nada,
este rato perdido,
sin cuerda en el reloj,
pantano de las emociones,
arena y espejismo.

Esta calle desolada,
este latir sin sangre,
esta hiel y este frío.

Acabo de descubrir
una paloma sin rumbo
que me anida en la puerta,
un caracol de lluvia,
reproduciendo el eco
de un dolor repetido. **C**

GUSTAVO PEREIRA

La casa sepultada en la arena

*Si sollozó aquí alguien si alguien aquí amó o padeció si bajo este muro
resta todavía ceniza o hueso
si bajo la losa corroída calla el temblor de aquella a quien la
música
del océano arrulló para siempre
nada será olvidado*

*Fluye suelta en el aire la vida que vivimos la muerte que abrigamos
En polvo universal se desvanecen los reinos erigidos
La piedra que nos mira sabe que la miramos la arena desterrada
nutre el mismo destino del abismo que somos*

*Nada será proscrito del mundo de esta casa cuyas paredes
el salitre devasta y mordisquea como si derribara la desdicha
Cuanto en ella pasó
pasó en nosotros*

*Si hubo arrullo o afrenta si bálsamo o catástrofe si derrota o aliento
si vorágine o éxtasis si música o castigo si embriaguez o mesura
si estos espacios hospedaron el alborozo de las constelaciones o los
viajes de serenos espantos
nada será olvidado
nada será proscrito
nada será tapiado.*

El forajido

*O*jos perversos boca cruel tu nombre sabe a sombra
A costas del sufrir te ungiste en muertes a la distancia
aún estallan tus puñales y en cada mano
de tu espectro blande la furia su estandarte cual vástago de arena

Nada se te dio que no fuera infortunio

*La infamia cayó en ti como hilo de agua de
miseria salida de los huesos
Acaso no libró el sol sino caídas a tu paso y el dulce pájaro del amanecer
no conoció otro destino que ignorarte*

*Así fuiste echado del espíritu
Así te proclamó la inclemencia*

*Ahora nada que no sea tu dolor se bate sin destino
Nada que no sea la impiedad te abatirá.*

El insurrecto

*E*l insurrecto no nombrará primavera ni otoño
No celebrará cigüeñas ni urracas ni jilgueros
No añorará la nieve ni su lejana desolación
No pronunciará nombres de dioses inescrutables ni de supuestos héroes
desdecidos por la historia
No consultará otro horóscopo que el de las desgarraduras imperceptibles ni más
augures que los del hechizo de estar vivo
No navegará por fiordos ni conocerá la desventura del mar Muerto

*No caminará por Corinto ni zarpará en sus trirremes ni volverá a pactar con
Periandro
No sentirá el temblor de la magia de las manos que esculpieron a Petra ni
obtendrá de los nabateos el secreto de las piedras eternas
Sus pies no pisarán las mezquitas de Estambul ni las arenas de la Kaaba
No tañerá su cuerda en Suchuan con el Viento del Este ni recorrerá su alma el
río Amarillo a la búsqueda de Tu Tzu-mei
No verá la sombra de Nezahualcóyotl proyectada en Chapultepec cuando los
amantes se digan hasta siempre
ni hará de su orfandad un calendario sepultado en el deshonor*

*El insurrecto cruzará como un relámpago su breve certidumbre
y se estará allí
lejos de Jerusalén y de La Meca
presa del último extravío que le fue permitido. **©***

LUCÍA CHIRIBOGA (Ecuador): de la serie «Identidades desnudas», *Shamán 2*, 1993



El hombre del transistor

Sudaba, todavía demasiado. Para su gusto, al menos. Este era su problema, pensaba, cada vez que viajaba a las tierras cálidas. Se consideraba hombre de zona templada. Acababa de consumir la segunda cerveza fría, pero la sed continuaba. Pidió más hielo para la tercera. El tendero comprendió: estos forasteros, de paso por acá, se quemaban por fuera y por dentro. Algunos llegaban a emborracharse, sin calmar la sed. Otros, tomaban el asunto con buen humor, como si de antemano disfrutasen del próximo regreso a casa, en las tierras altas. A estos el tendero los veía casi alegres, con la camisa pegada a la piel. Tampoco faltaba quien decidía de pronto dejar de pedir bebidas frías para solicitar un licor más fuerte y seco; y entonces, cosa extraña, se tranquilizaba y hasta dejaba de sudar.

Habiendo recordado esta experiencia, Pulido se dirigió al hombre, en tono de confidencia sin compromiso: «Disculpe, señor... Tal vez usted se siente incómodo con este calor...».

El cliente lo miró, forzando una sonrisa, luego miró las grandes aspas que giraban lentamente por encima de su cabeza, agitando apenas el aire cálido, como revolviendo una colada –pensó–, y repuso: «Sí, claro, me jode esto un poco... como un horno, ¿cierto? ¿Cuántos grados?».

–Ahora, al mediodía, serán unos cuarenta, a la sombra.

–¡A la sombra! –se admiró el otro–. Y agregó: «¿Y por allá afuera?».

Ambos observaban desde allí la plaza polvorienta.

–Pues allá afuera... vaya usted a saberlo... póngale unos tres o cuatro grados más.

–Bien, entonces me quedo aquí a la sombra hasta que baje algo el calor.

–Por esta época, vea usted, después de las tres, más o menos, se va suavizando el clima –aseguró el dueño–.

–Menos mal.

–Disculpe de nuevo –insistió Pulido–, tal vez un trago de algo más fuerte podría hacerle menos molesto el calor.

El cliente pareció sorprenderse. «¿Cómo dice? ¿Por ejemplo... un ron? Suena como raro. ¿Por qué cree eso? Un licor es más... más caliente que esta cerveza fría... supongo».

–No sé por qué sucede así, se lo confieso.

El cliente había movido su silla para quedar más de frente a su interlocutor, y estuvo atento: «¿De veras?» –dijo–.

–He visto eso aquí, ese raro efecto del licor más fuerte en personas que ya casi no aguantaban el calor... Gente forastera, desde luego.

–Bien, ¡qué diablos! Por favor, tráigame pues un ron, pero doble.

–Por supuesto, y no se trata de emborracharse, créamelo –advirtió, cauteloso, Pulido–.

El hombre, relajado por la conversación, rió brevemente. «Claro que no» –dijo–, «pero sí me trago el doble, por ensayar».

Enseguida tuvo sobre la mesa el ron y al lado, en un platillo, un limón partido por la mitad. Con parsimonia, concentrado, procedió a echarle al trago el jugo de medio limón, y empezó a beberlo en pequeños sorbos. «Está de primera» –celebró–. El dueño se ocupó de nuevo detrás del mostrador. En medio del silencio se oía el intermitente chirriar del viejo ventilador suspendido del techo. El forastero había terminado de beber, y esperaba. Por último, se levantó y, yendo hacia el mostrador, exclamó triunfalmente: «¡Caramba! ¡Pero observe aquí! ¡Ya casi no sudo!». Se recogió las mangas de la camisa y exhibió los antebrazos velludos. «¡Mire usted! ¡Ya no sudo!» –repetía, sobándose con las palmas de las manos, alternativamente, ambos brazos–. Pulido también pareció admirarse. «Se lo dije por si acaso, pues uno no sabe si siempre debe ocurrir lo mismo» –afirmó, disimulando su sorpresa–.

–Le agradezco el consejo, –declaró el hombre, y añadió–: no crea que voy a emborracharme, por cierto, pues no acostumbro tomar mucho, pero esta vez quiero que me sirva el otro doble, como para celebrar, más o menos.

–Esta bien, –aprobó el tendero y se apresuró a complacerlo–.

Afuera todo estaba en calma. Un camión resopló y emitió luego una serie de estertores metálicos, al doblar la esquina próxima. Quizás iba de salida hacia la carretera que llevaba a la costa, al norte. Ocasionales ramalazos del viento tibio venidos de la selva sacudían los árboles allá al final de los corrales detrás de la casa y levantaban polvaredas en la plaza desierta. La estatua de un desconocido, de cuyo pedestal habíase borrado la leyenda desde hacía mucho tiempo, se erguía en mitad del amplio espacio calcinado. El forastero la observó unos instantes, envuelta en el remolino de polvo, y preguntó: «¿Quién es aquel, el de la estatua?». «No lo sé» –dijo Pulido–, «pues ya no tiene el letrero en el que seguramente constaba su nombre».

–¿Bolívar, tal vez? –sugirió el forastero–.

–No, porque en nada se parece al Libertador. Es otro personaje, un hombre que dizque fue muy importante en la región.

–Ajá –concluyó con desgano el forastero–.

Sobrevino de nuevo el silencio. Dijérase que los dos hombres se aburrían. Sólo que el dueño estaba acostumbrado a los letargos durante los cuales no se espera más sino que transcurra el tiempo.

El forastero permanecía con los brazos descubiertos, por comodidad. Sacó un pañuelo blanco del bolsillo trasero del pantalón y se enjugó el rostro afeitado: «Vea qué curioso, estoy sudando otra vez, pero no siento tanto calor. ¿Por qué será?».

–Sucede a veces, a todos nos pasa –afirmó Pulido–.

–Ahora ya no tengo afán –dijo el hombre–, de modo que esperaré aquí, si usted me lo permite, hasta cuando refresque un poco.

–Bien pueda, señor; de paso me acompaña. A veces uno se siente aquí muy solo.

–Gracias.

Pulido sintió que el aburrimiento se esfumaba para dejar campo a una especie de gratitud por la presencia de aquel único cliente en la hora del sopor. Destapó una cerveza fría y ofreció otra a su

cliente, diciéndole que esta era atención de la casa. Mientras empezaban a beber Pulido pensó que, pese a la cordialidad del momento, no le preguntaría al tipo su nombre, ni le daría el suyo propio. Le pareció mejor dejar así las cosas, en abstracto, con el desconocido. La experiencia de los tiempos que corrían le aconsejaba prudencia. Al terminar la cerveza el hombre pidió la cuenta por lo que antes había consumido, y pagó. «No voy a consumir nada más pero, como le dije, me quedaré un rato aquí todavía». «Como guste» –dijo Pulido–, «le puedo prestar el periódico de ayer, mientras tanto».

El forastero le dio de nuevo las gracias y dijo que prefería, para más adelante, escuchar el radio transistor que llevaba consigo, ahí en la mochila. Pulido apenas ahora se fijó en ella, que reposaba en la silla vacía, al lado de la que ocupaba su dueño.

Un hombre apareció en la entrada, bañado en el resplandor de la calle. El forastero apenas pudo precisarlo en el marco de luz, que encandilaba. Era cliente antiguo, pues el patrón exclamó, al reconocerlo: «Gusto en tenerlo de nuevo por aquí, señor Jaramillo». Este, pareciendo no advertir la presencia del forastero, avanzó hacia el mostrador, dejando una estela de lociones de barbería, y estrechó la mano de Pulido mientras replicaba: «Esta vez vengo de entrada por salida».

–¿De veras?

–Vengo nada más a firmar unos papeles y mirar unos lotes de madera. Negocios, amigo Pulido.

–¿Qué le sirvo, señor Jaramillo?

–Mi sed es de trago fuerte, hoy quiero *beber* –y lo dijo subrayando con intención la última palabra–.

En su interior, Pulido vaciló: el comerciante en maderas consumía y pagaba sin reparo, pero tenía «malos tragos», como suele decirse. Era uno de esos clientes generosos y al mismo tiempo conflictivos, a quienes «hay que cuidar» cuando se embriagan. Jaramillo prefería el aguardiente. Pulido conocía bien su ritmo: asimilaba con entereza y buen humor las primeras copas, hasta cinco o seis inclusive, y luego se iniciaba lo desagradable. Era previsible. Se trataba de un tipo recio y huesudo, de talla mediana, cuarentón y semicalvo. Por exigencia de sus negocios venía con regularidad a la región de Urabá, en donde se le apreciaba por su puntualidad comercial. Su rostro, levemente rosado, se congestionaba con la bebida y este cambio en lo externo se correspondía casi siempre con una creciente irritabilidad que le llevaba al sarcasmo, o a la reiteración obsesiva de ciertos juicios de valor sobre personas y actitudes. Pulido pensaba ahora, observándole ahí sentado en el alto butaco rojizo y fijo ante el mostrador, que de no mediar dicha circunstancia podría considerarle amigo. Debido a tan fina distinción de conceptos, Pulido lo trataba nada más que como un cliente algo especial, evitando en su trato demasiada cercanía.

–¿Sabe una cosa, Pulido?

–¿Cuál, señor Jaramillo?

–Que acabo de acordarme de que en realidad debo hacer algo todavía por ahí, antes de regresarme hoy mismo a Medellín.

–Entonces...

–Sí, hombre, y entonces no voy a poder beber como dije antes... Nada más que cerveza esta vez. Vuelva a poner el aguardiente en su sitio, «aparta de mí ese cáliz».

–Perfecto, señor. ¿Cerveza, pues?

–Sí, para no tomar agua.

Consultó su reloj. «Tenemos tiempo», dijo.

Pulido vació una botella de cerveza en el jarro de cerámica, imitación de los alemanes. Mientras lo hacía, tarareaba la melodía de un bolero.

Nadie parecía tener prisa aquí adentro, ni allá afuera. El pueblo era pequeño, poco más que una aldea. Comenzó a crecer desde cuando fue ascendido a la categoría de municipio. Sus actividades

ordinarias tenían lugar, sobre todo, durante la mañana. Disminuían hasta cesar casi por completo, al llegar el mediodía. A partir de esta hora iba haciéndose cada vez más rara la presencia de gente por las calles, salvo en los días de mercado, o durante la feria anual y en las celebraciones religiosas de especial importancia. Era, además, lugar de tránsito frecuente hacia otras localidades de la región, rica y extensa, que se asoma al mar Caribe.

El forastero extrajo de su mochila de fique el radio transistor y sintonizó la transmisión deportiva de la que, sin duda, estaba pendiente. Se trataba del partido de fútbol entre dos célebres equipos nacionales, que iba a iniciarse en la capital; el «clásico» de la temporada. Los comentaristas analizaban, en esos momentos previos al encuentro, las características de cada equipo, sus respectivos planteles, el anecdotario de técnicos y jugadores... El señor Jaramillo se giró en su butaco y, con expresión de mal disimulado disgusto, miró en dirección al ruido. Diríase que no veía al hombre sino al pequeño aparato que este sostenía junto a su oído. El forastero, pese a su ocupación, advirtió el gesto. Entonces redujo el volumen del sonido y manipuló algo; extrajo un diminuto audífono de largo cordón, y lo enchufó en el aparato. Todo lo cual se cumplió con precisión y naturalidad, como si estuviera solo en el recinto. El señor Jaramillo bebió un largo trago de su jarro y se fue hacia el orinal. Pulido parecía estar preocupado. En tono confidencial preguntó al del transistor si había observado la sorpresa del otro cliente cuando sonó la radio.

–Más o menos me di cuenta... ¿Por qué?

–Parece que empieza a cambiar –dijo Pulido–.

–¿Cómo, a cambiar?

–Digo, a volverse irritable... ¡Ah, ya viene!

–¡Vaya! –murmuró apenas el forastero, sin darle importancia al asunto. Se acomodó en el oído derecho el audífono y siguió escuchando. «Ya no molestaría a nadie con su diversión» –pensaba–. Era lo correcto. El calor ambiente tendía a declinar, y esto ayudaba a su placer. Con una señal de la mano pidió otra cerveza. «De todos modos, no tengo que ir a ninguna parte» –reflexionó–.

El dueño trajo la cerveza y, por cortesía, quiso saber cómo iba el juego. «Pronto va a comenzar» –precisó el hombre. «¿De qué partido se trata?». «Es un clásico, vea usted, nada menos que de Millonarios y América».

–¡Qué bien! –convino el dueño–.

Cuando Pulido regresó a su lugar, un rumor de muchas voces apagadas, que ascendían, llegaba desde más allá de la plaza. Los tres hombres miraron en esa dirección. Varias decenas de campesinos, familias enteras, desembocaban en la plaza y se iban concentrando frente a los balcones de la Alcaldía. No gritaban. El llanto de algunos niños asustados, o hambrientos, destacaba sobre el denso rumor de pasos.

–Y eso, ¿qué es? –dijo Jaramillo, ceñudo todavía y entrecerrando los ojos–.

–Los desplazados de anoche... huyen de la matanza.

–¡Se sigue jodiendo este país!

–Todos nos jodemos, señor –confirmó Pulido, resignado–.

El forastero apagó por un instante su radio y se retiró el audífono, para escuchar lo otro. Nada dijo, y volvió a lo suyo.

Jaramillo bajó bruscamente de su butaco y salió hasta la puerta, a observar lo que ocurría. Estaba nervioso y, por supuesto, malhumorado. «¡Mierda!» –gritó casi, y tornó a su sitio–. Bebió el resto del jarro, sin resollar, y exigió más cerveza. «¡Mierda!» –repitió, con la parte superior del cuerpo inclinada sobre el mostrador y la cabeza hundida entre los hombros–.

–Pobre gente... Y los gobiernos... –balbuceó Pulido–.

–¡Me importa un culo! –exclamó, extrañamente, Jaramillo–.

El forastero giró a medias la cabeza. Había escuchado aquella expresión resentida y brutal. El otro, que a su vez le miraba de hito en hito, interpeló: «¿Y qué? ¿No le gustó?».

El aludido mostró verdadera sorpresa, y casi con humildad repuso: «¡Señor...!».

En voz baja y tranquilizadora, Pulido suplicó: «Por favor, señor Jaramillo... Vea, que nadie molesta aquí...».

–Ese tipo, con su maldito aparato, como si estuviera solo... ¡Me jode!

Pulido no pudo menos que reír. Tan infantil reclamo, en un hombre serio, sin duda, como lo era el comerciante, le divertía sin dejar a la vez de inquietarlo. Riendo aún, dio unas palmaditas cordiales a Jaramillo, en el hombro. Pero este seguía ensimismado en su disgusto gratuito. Por un instante, Pulido pensó acercarse al otro cliente y aconsejarle, del mejor modo posible, que se retirase, con el fin de evitar que se produjera alguna situación desagradable. Pero dejó la idea, por temor a exagerar.

El hombre del transistor les daba ahora la espalda, y bebía con largas pausas su cerveza. Estaba concentrado en la audición de su programa. Nadie más apacible, más desprevenido que él. Pero algo absurdo, a su respecto, rondaba en el perturbado cerebro de ese señor Jaramillo, quien parecía repartir su atención entre el distraído parroquiano y lo que sucedía en la plaza. Cuando nuevamente se bajó de su butaco, Pulido pensó que iría otra vez al orinal. Pero Jaramillo dirigióse con paso firme hacia el forastero, sin que este lo advirtiera; y desde atrás le arrebató el radio y lo estrelló contra el piso de baldosas. El agredido se paró de un salto, con expresión de miedo y, comprendiendo enseguida que el agresor no se detendría allí, de otro pequeño salto se apartó de la mesa, mientras Pulido corría hacia ellos. De pronto el forastero, en menos de un segundo, al vuelo, sacó de la mochila un revólver y disparó a quemarropa sobre el agresor, que se le echaba encima. La detonación fue asordada, y como absorbida, por el cuerpo herido. Jaramillo cayó de espaldas, con los brazos en cruz y los ojos grises muy abiertos, como si mirase fijamente el lento giro de las aspas del ventilador de techo. El hombre disparó sólo una vez, y he aquí que otra vida había terminado en el tumulto del caos. El hombre barrió con el pie, fríamente, los pedazos del transistor, y metió de nuevo el arma en la mochila que ya colgaba del hombro. Entonces dijo, con una voz ronca y pausada, al estupefacto Pulido: «Usted es testigo, don». Y salió, como en un sueño.

Con sonoridad latosa, las campanas de la iglesia dieron las cuatro. En la plaza, donde el calor también cedía ya, los desplazados de la última noche reclamaban a grandes voces la presencia del Alcalde. **C**

VÍCTOR REDONDO

Si hubieras quién

*Quien seas que tú
quien ame que tú
si hubiera así dado en tu nombre
si hubiera en ti dado
quien ame en ti
quien ame lo que tú hubieras
y dieras así
y así seas infinita y sola
hubieras sido así en mí
lo que diste
y dieras en mí lo que supiste
y dieras en mí lo que sabes
hubieras dado lo que sabes
hubieras estado alcanfor dentro
hubieras aroma estado lengua
por no repetir tu nombre hasta el hartazgo
si fueras en mí hasta siempre
si estuvieras en dentro hasta salirme
si fuera siempre esto así
si fuera siempre así
si fuera siempre*

*atado a lo que somos
atado a tu sombra de luz
hubiera de decir palabras que no supe
hubiera de decir cosas que no sé
tanto amor me excede
tanto amor me cabe
a decirte
a decir
hermanita mía del incesto hechizo
si hubiera de decir
si hubiera de decir así dado en tu nombre
que te repito en mí siempre
que te repito en mí siempre
imanto lo que imanto porque imanto lo que
imanto
a tus rendido
a tus qué rendido
a tus rendido si hubiera
belleza es demasiado lo que me das,
te amo
consolada e incansablemente.*

Viernes

*S*i vieras mi rostro en el espejo
del ascensor. Los pisos no suben,
me bajan. Cada milímetro me aleja de vos.
Hay pequeñas arañas surcándolo.
Yo estoy apoyado contra una de las metálicas paredes
y me observo y me doy miedo y me hastío y ya no canto.
No es no tenerte lo peor:
lo peor es no tenerte.
En el espejo hay un agujero del tamaño de una nuez:
es tu boca. Y hay otro agujero y es tu nombre
lo que falta en él. No nombrarte.
La desaparecida en el ascenso.
Mi boca tiene una sombra que me asusta.
Es otra araña, en el espejo, sobre mi labio.
Otra noche le pregunté por qué me perseguía,
y tan inmunda no me dijo ni mío: me dejó
hablándome solo. Así son las arañas.
Al pasar el tercer piso me deshice.
Quise volver atrás, pero no supe frenar el ascensor.
Sólo atiné a apagar la luz. Y ahí te vi.
Tenías puesta una víbora en la cabeza, como si fuera tu sombrero cotidiano,
y una rosa tristísima en el arco superior de tu oreja derecha,
la que te muerdo cuando nos amamos.
No me hacía falta verte así para reiterarte que te adoro.
Entre el tercero y el cuarto dos arañas me hablaron en cada oído:
ella también te ama, me tradujeron. Ya lo sé. Sé todo.
Sé que después del tercer piso viene el cuarto, que cuando llueve
el balcón amenaza rebalsar y nunca rebalsa. Sé que la hamaca
salvadoreña ya tiene tu olor, y sé también que no sé nada.
En el cuarto piso prendí la luz y el flash de la noche tuvo tu nombre,
una vez más, sobre las letras en mi corazón. Aquí estoy,
atravesando un cuarto piso que debe tener parejas dormidas, animales disueltos,
acabados o resurrectos caballos arrastrando mulas sobre las autopistas del destierro.

*Eso pienso que hay en los pisos de este edificio, o de cualquiera.
Estuve en edificios con monjas mogólicas, ratas narcotizadas, pulpas salvajes mudas,
y con cenicientas majestades: no sé por qué recuerdo hoy, esto, que nunca más existirá.
Las mogólicas son sabias porque no hay monjas mogólicas.
Estoy en el quinto piso. El silencio de las once de la noche es lejano.
Aparto las arañas para verme en el espejo.
Te veo. Es lo único que verme.
Y así raudo voy atravesando los pisos de este ascensor que me aleja.
Soy un superhéroe sin nombre buscando una oscuridad que no sé para qué mierda sirve.
En el quinto piso había, o hay, estatuas egipcias sonriéndome.
Tienen pequeños rostros de araña, y a su pesar me sonríen.*

*Apenas entrar al sexto aguardaba una telépata, sus ojos rojos
y serenos buscaron mis ojos. Un infinito de segundo observó
y dijo: «Tus pupilas no son azules ni brunas ni melancólicas ni secretas ni sabias
ni sublimes ni otras ni puras ni desesperadas».
No terminaba de maldecirla que el séptimo atracó con un galeón
en cuyas velas estaba tu rostro insultándome. Los vientos fueron favorables
a mi rabia y te hicieron descender. Aún veía la cara de la telépata
en cuatro patas aullando como la Sibila del Velo Roto.
Las cruces metálicas diagonales me hacían gracia.
«Tú que todo lo sabes y todo lo puedes, entrégate a ella»,
me decían. Escuché y obedecí esa voz y giré hacia abajo y volví a verte,
la testa coronada por pequeñas serpientes con mi rostro besándote.
Acerqué mi boca al espejo y te hablé así: «Hasta la muerte en esta vida,
amada de mi sangre que arde en tu lejanía».
Sin ser un verso brillante era una manera de hablar. No sé si la única,
pero las condiciones no eran dignas de Ulises y vos aún no eras
la Penélope nueva del vestido viejo e inmortal.*

*En la mitad del séptimo sello se abrió la partida y estuviste a punto de darme jaque,
a punto, si no hubiera corrido a otra reina al rincón de una torre.
Tuve ganas o lloré, el tiempo se hacía breve en el ascenso hacia sin vos.
En el octavo una virgen de blanca certeza hizo una aparición digna del silencio.
Diminuta como un colibrí su lengua se transformó en palabras inauditas:
«Aquí estoy, desde tu nacimiento deslumbrada, buscándome».
Hoy ha muerto un amor y ha nacido un amor. Ni la Virgen Inmaculada
se enfrenta a esta compleja virtud.*

*Estamos ya en el comienzo del noveno piso.
Puedes ver las guirnaldas del zodiaco, las cabras del monte y la flecha
que surca siempre las noches trazándote en tu anterior ausencia.
Quizás no vengas esta noche. Quizás pase muchas noches sin cubrirte.
Quizás las serpientes ya estén muertas y el solo silencio tenga tu voz pura. ©*

LUCÍA CHIRIBOGA (Ecuador): de la serie «Identidades desnudas», *Espíritu de la tierra 1*, 1994



JORGE TIMOSSÌ

Conversa entre due (ella y lui)

—Smack, clínguiti clínguiti, normali felizpari.
—Don't understand my dear fellow.
—Es muy simple querida, clínguiti más normali es felizpari.
—Ah, agora sim, complitti tutto.
—Además, niaburo stanca come dico il poeta.
—¿Ras ras chimplín? —preguntó ella con un dejo de ironía—.
Él evitó responder y fue a abrir el ventanal que dejaba ver el jardín
lleno de hermosas orquídeas putrefactas.
Ella rompió el pesado silencio: «No te amosques».
—No, no —dijo él— si no hay moscas, en todo caso hay lanstransias
nicomedes alburquersie.
—Está entrando el verano y fa caldo —precipitó ella dejando que tam-
bién se precipitara su camisón fucsia para quedar bien nudita ante los
ojos animosillos de il, que dijo:
—Comme il faut.
—Pudiéramos hacer niácate niácate niácate —dijo provocatica—.
—Glup —sólo atinó a responder lui, pero enseguida apagó la luz—.
Clic.

El cuarto

Este cuarto es muy particular: tiene ocho mínimas paredes y ocho grandes ventanales. Obvio que es octogonal, en una torre de un castillo que no es del medioevo. La luz del día hiere todo el cuarto, lo inunda, los ventanales no tienen cortinas y todavía esto se complica más porque las aguas de la bahía —las de Guanabara, La Habana o Saint Georges— brillan cegadoras e iluminan hasta el más oscuro rincón de este mundo. Por momentos el cuarto se mueve, es un barco, un remolcador, que conduzco con mano firme sin necesidad de un timón. Me despierto con las manos tapándome los ojos, marinero insomne, solo tripulante de

este cuarto luminiscente, ilimitable, octógono flotante en el concierto de mi cama, de mi vida. Las noches de luna llena enfrían, electrizan el cuarto, pero permiten soñar con toda comodidad y hasta pensar que nada se mueve ni se detiene y que el silencio es algo corpóreo, concreto, como en ciertos pasajes de los últimos cuartetos de cuerdas de Beethoven. Cuando alquilé esa habitación lo hice con alegría, pero con ingenuidad, no preví lo suficiente, entre otras cosas que de ella no se podía salir ni entrar. Demoré en darme cuenta que esto siempre ocurre con los octógonos.

Un señor calvo y con bigotes

El tío Memi –un genovés alto y fuerte que solía jugar básquet con Vittorio Gassman– fue a la playa con su esposa. Nadaba bien y se dejaba mecer por las olas cuando de pronto ve a un señor calvo y con bigotes. Bien educado el tío Memi lo saluda, pero no obtiene respuesta. Lo hace una segunda y hasta una tercera vez y no pasa nada. Sale del agua y le cuenta a su esposa lo sucedido, y le dice que ese señor calvo y con bigotes es muy maleducado. La respuesta de su mujer fue tajante: –Memi, no es ningún señor calvo y con bigotes. Es una morsa. Y hazme el favor de ponerte los espejuelos.

La planta

Esta planta es un helecho de hojas aterciopeladas y de un color verde tierno. Su dueña, la señora Petunia, la regaba todos los días y le hablaba. «Plantita linda» –le decía– «eres muy bella y debes crecer sana y fuerte». La planta no podía contestarle, claro, pero en cambio, como retribución, lucía más hojitas y de un color cada vez más verde tierno. El amor entre el helecho y la señora Petunia fue creciendo en el tiempo. Hasta el punto de que cuando la señora Petunia murió, y pese a que otra señora la regaba y le hablaba, la planta decidió morir también, se fueron acabando sus hojas y el verde tierno se hizo amarillo y arrugado hasta que desapareció, y en la maceta sólo quedó un poco de tierra agradecida. 